

1º Concurso de Relatos Cortos 2020
“La Minería Sostenible en tu vida”

Título del relato: Era un día de primavera



Era un día de primavera. Como todos los días salí a pasear por la zona en la que hace veinte años había sido mi puesto de trabajo, una mina, ahora abandonada, y que parecía que nunca había existido debido a lo que las autoridades llamaban “regeneración de los espacios mineros” y “minería sostenible”.

¡Qué sabrían ellos si nunca habían bajado a una mina ni sabían lo que allí había! Desde sus sillones y sus títulos de postgrado todo se veía muy, muy fácil....

¿Desde cuándo la minería podía ser sostenible? Eso no existía, eran todo palabras bonitas, pero nada más.

Entendía la postura de los políticos, claro. Ellos solo querían cumplir las normas europeas aunque ello supusiese cerrar las minas que tanto trabajo había dado a nuestros padres y a nuestra generación. Pero, ¿lo de los ingenieros de minas? ¿Por qué se prestaban a este juego? ¿No veían que estaban ayudando a dismantelar toda la industria y que nuestros nietos no tendrían un puesto de trabajo para poder vivir?

Ensimismado en mis pensamientos decidí dar por concluido el paseo matinal cuando, de repente, destellos y sirenas rompieron la calma del momento y el silencio del paraje. Levanté la mirada y vi que ambulancias, bomberos y Guardia Civil se acercaban a la zona . ¿Qué habría pasado para semejante despliegue?

De repente me vi rodeado de gente extraña, que daba órdenes y organizaba a todos los distintos equipos y cuerpos de seguridad. Muerto de curiosidad pregunté qué era lo que allí estaba sucediendo.

Quedé estupefacto cuando me contaron que cinco personas habían quedado atrapadas en el interior de la mina debido a una imprudencia. Se habían introducido en ella por un agujero para realizar una visita al interior de la misma, y ahora no podían salir debido a un derrumbamiento. ¡Pobre gente!

Había visto muchas veces este mismo problema en mis años en el interior de la mina y poca esperanza había de poder rescatarlos, y más ahora, después de haber cerrado y regenerado todo el espacio.

Tendrían que empezar desde cero: abrir la entrada que había antaño, las galerías por las que poder acceder a ese lugar en el que todavía se respiraba la vida. Esa mina tenía muchas galerías distintas, fallas muy inestables y zonas con mucho peligro de desprendimiento de rocas.

Además, allí no veía a ninguna persona que pudiera realizar esa tarea, no había picos, ni palas, ni artificieros ni palas para poder comenzar el rescate... Además , ¿por dónde tenían pensado hacerlo?

Cuando volví a centrarme en todo lo que allí estaba ocurriendo, quedé asombrado de todo el dispositivo que se había montado en un momento. Mesas con ordenadores, vehículos eléctricos y drones, además de máquinas por control remoto que parecían como

perforadoras de las de antes, pero no hacían nada de ruido. Parecía una imagen futurista, de esas que se ven en las películas y que comienzan con un “Año 3015 “.

Delante de mí, vi a Francisco, el hijo mayor de un compañero de trabajo. Estaba con un casco dando órdenes y no dudé en acercarme a él.

En cuanto empezaron los trabajos, Francisco empezó a explicarme qué estaban haciendo. Al parecer estaban intentando a través de los georadares buscar algún indicio de vida, por el calor de la tierra, para saber dónde debían empezar a perforar.

Una vez calculado el sitio donde se creía que estaban, empezarían a hacer un agujero enorme que llegaría hasta donde estaba la primera galería; lo iban a recubrir de un tubo metálico para evitar desprendimientos y, mediante la tecnología más moderna, introducirían maquinas por control remoto y unos simuladores de realidad virtual que permitiría caminar por dentro de la mina.

También me explicó que los drones sustituirían en una primera fase a las personas para reducir el tiempo empleado y mejorar las condiciones y seguridad laboral. Además, detectarían las zonas peligrosas o los lugares en los que no habría que detenerse y así ahorrar tiempo, que es lo que necesitan. Cuando estaba explicándome todo eso, los ordenadores empezaron a soltar pitidos: los georadares habían localizado una zona en la que parecía que había vida, ya que el calor que se desprendía de esa zona hacía sospechar que ese era el lugar exacto.

Comenzaron las labores de perforación. A continuación, las de entubado y, finalmente, introdujeron los drones, tal y como me había explicado Francisco.

A través de los ordenadores se veía perfectamente el interior de la mina. Habían logrado llegar a una galería, pero no se podría al parecer adentrarse por ella dado que había muchas bolsas de gases, fundamentalmente de grisú, al que tanto respeto le teníamos.

Volvieron a intentarlo por otra zona y vieron que esa era segura, con lo que siguieron dirigiendo al dron por esa veta hasta que aparecieron en la pantalla señales de que ese era el lugar donde estaban los aventureros perdidos.

Rápidamente apareció la Brigada de Salvamento Minero. De estos sabía yo mucho, pero no era como en mis tiempos, ni las herramientas, ni los trajes eran iguales. Estaban mucho más preparados que en nuestra época y llevaban aparatos electrónicos que emitirían señales e imágenes de los que allí sucedería.

Descendieron rápidamente como en un ascensor, y mediante los monitores pude ver el interior de esa mina en la que tantas horas de mi vida había trabajado.

Afortunadamente, los excursionistas estaban vivos y lograron sacarlos a todos en ese ascensor futurista. Después de una rápida inspección médica fueron llevados al hospital para una revisión más profunda.

Al final había quedado todo en un susto, y todos los operarios empezaron a recoger sus aparatos.

En apenas unas horas todo volvía a estar como cuando inicié mi paseo mañanero. No había señal alguna de que allí hubiera pasado nada, ni que se hubiera excavado, ni que maquinaria pesada hubiera vulnerado esa zona tan tranquila.

Cuando se fueron todos, me senté debajo de un árbol y me di cuenta de varias cosas: lo primero en lo equivocado que estaba pensando que la minería sostenible no existía. Me di cuenta de que sí y de que todos mis prejuicios sobre ella se basaban en mi desconocimiento sobre la misma. Sí que se podían seguir extrayendo minerales necesarios, pero de una forma más eficiente, racionalizada y con menor impacto en la naturaleza.

Sí que generaba empleo, pero más seguro para las personas. ¡Cómo me arrepentía de haber pensado mal de los ingenieros de minas! Ellos sí luchaban y estudiaban para aplicar los avances que hacían las minas más seguras y la vida de los mineros más tranquilas.

Sí que se ahorra tiempo y costes, dado que el impacto era menor. Sabían de antemano dónde podían y era rentable excavar y no como antes, cuando no se sabía hasta dónde había que profundizar para que fuera rentable la explotación.

Y sí que se podía respetar el medio ambiente: el ruido y las emisiones de dióxido de carbono habían desaparecido. La minería existía bajo tierra, pero nadie podía decir que el cielo, con la llegada de la primavera, dejase de tener el color azul que todos querían que tuviese.